



BREVIARIS

Tiempo de política

Perspectivas historiográficas
sobre la Europa moderna

Xavier Gil Pujol

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Tiempo de política

*Perspectivas historiográficas
sobre la Europa moderna*

Breviaris, 10

Tiempo de política

*Perspectivas historiográficas
sobre la Europa moderna*

Xavier Gil Pujol

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Índice

Introducción	11
1. Recepción de la Escuela de <i>Annales</i> en la historia social anglosajona	23
2. Notas sobre el estudio del poder como nueva valoración de la historia política	73
3. ¿Centralismo y localismo? Sobre las relaciones políticas y culturales entre capital y territorios en las monarquías europeas del Barroco	113
4. Culturas políticas y clases dirigentes regionales en la formación del estado moderno: un punto de inflexión	151
5. La historia política de la Edad Moderna, hoy: progresos y minimalismo	183
6. El revisionismo sobre la Revolución Inglesa: crónica y cuestiones de veinticinco años de debate	209
7. Del estado a los lenguajes políticos, del centro a la periferia: dos décadas de historia política sobre la España de los siglos XVI y XVII	267

8. J.H. Elliott en sus artículos	325
9. Más sobre las rebeliones y revoluciones del siglo XVII y sobre su ausencia	355
10. Epílogo. Política como cultura	397
Índice analítico	423

Introducción

La Historia, como disciplina, tiene mucho de autorreferencial. Sus avances nacen, sin duda, del continuo trabajo de investigación con fuentes primarias, manuscritas o publicadas. Pero ésta va acompañada, cuando no orientada, por los supuestos y tendencias historiográficas dominantes en el momento, bien sea para seguirlos, bien sea para cuestionarlos. Por ello, la Historia no puede en modo alguno prescindir de la Historiografía, ni en el archivo ni en el aula. Y si, a la hora de encauzar las investigaciones, la bibliografía que ya no es reciente suele conservar en nuestra disciplina una vigencia más duradera que en otras, la Historiografía, por su parte, se ha consolidado como una rama por derecho propio, con sus debates internos, sus revistas, sus asignaturas. El conocimiento de las distintas corrientes y etapas historiográficas y de su evolución contribuye significativamente a los progresos de la Historia. Y es que, tal como señala Roger Chartier al abordar uno de los temas clásicos de estudio, no hay aproximación posible a un problema histórico fuera del discurso historiográfico que lo ha construido.¹

La recopilación de trabajos que se ofrece en este volumen descansa en estas consideraciones. Publicados a lo largo de casi un cuarto de siglo, entre 1983 y el año en curso, 2006, y completados por un epílogo inédito, tienen como tema común la política durante la Edad Moderna, las diversas maneras en que la política europea de los

¹. Roger CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995, p. 19 (ed. or., París, 1990).

siglos XVI y XVII ha sido entendida y estudiada en el curso de los años indicados. Como suele suceder, los trabajos aquí reunidos proceden de lugares e iniciativas diversos, pero esta fuerte unidad temática les confiere —así lo espero— una apreciable coherencia retrospectiva.

Es de sobras sabido que la eclosión y predominio de la historia social y económica comportó, sobre todo según la practicaba la escuela francesa de los *Annales*, un orillamiento excesivo de la historia política durante las décadas de 1950 a 1980. Y así fue puesto de relieve en la recepción, favorable aunque no sin matices, de que esta escuela fue objeto en círculos académicos anglonorteamericanos, recepción que también se interesó por otras importantes cuestiones de contenido y método (capítulo 1). De modo más expreso, a últimos de la década de 1970 e inicios de la siguiente se asistió a una recuperación y renovación de la historia política. Lejos de rescatar la superficial historia episódica, que seguía siendo tildada de *événémentielle*, la historia política en curso de renovación se quería analítica, y no meramente descriptiva, y se interesaba por las pluriformes manifestaciones del poder y de su ejercicio (capítulo 2).

Aquellas nuevas inquietudes hacia los actores y fenómenos políticos se confirmaron pronto y con creces, hasta el punto de provocar un auténtico cambio de rumbo historiográfico: el “regreso de la política”, la “nueva historia política” o el “regreso del sujeto”, según se le llamó. Y este cambio de rumbo, fraguado en gran medida en el ámbito de la Historia Moderna, es, a su vez, uno de los rasgos que mejor caracterizan el decurso de la disciplina en su conjunto durante el último cuarto del siglo XX. Así quiere reflejarlo el título del presente volumen, *Tiempo de política*, que responde a dos razones. Por un lado, es una adaptación de la cita de Baltasar Gracián (“Fue época de políticos”, *El político*, 1640) con que empezaba el mencionado capítulo 2 (publicado en 1983), destinado a registrar esta nueva tendencia; y, por otro, quiere ser una expresión adecuada para

designar la etapa historiográfica que entonces empezaba y que se ha prolongado hasta la actualidad.

Carlo Ginzburg ha manifestado que, preguntado, años atrás, sobre cuál creía que era el campo más prometedor, contestó que la historia política, si bien escrita de otro modo del que se estilaba.² Así ha sucedido: la historia política no sólo ha sido objeto de una vigorosa recuperación, sino que, sobre todo, ha adquirido una nueva dimensión y una creciente complejidad. El entendimiento de la política y de lo político ha conocido un enriquecimiento extraordinario, gracias a las nuevas fuentes tomadas en consideración, a las nuevas perspectivas adoptadas y, en fin, a la nueva sensibilidad histórica general gestada en las últimas décadas. Gobierno y política informal, instituciones y rituales, biografía y prosopografía, toma de decisiones y política desde abajo, presión fiscal y redes clientelares, integración de elites y política popular, microfísica del poder y formas de dominio no coercitivas, revolución y negociación, cultura política y lenguaje son algunos de los ámbitos que esta historia política expansiva ha hecho suyos. Tal como señala Pablo Fernández Albaladejo, la historia política ha discurrido, a lo largo de esta etapa, entre dos encrucijadas. El nuevo paisaje resultante lo traza António M. Hespanha con pincelada certera al constatar que, una vez pasada la marea economicista que dominó hasta la década de 1970, hoy los historiadores, tanto los del derecho como los generales, son cada vez más conscientes de “la centralidad y omnipresencia del poder y la política”. Y Teófilo Ruiz lo corrobora: en las variadas dinámicas de las relaciones sociales, “todo se reducía a una cuestión de poder”.³

². Maria Lúcia G. PALLARES-BURKE, *La nueva historia. Nueve entrevistas*, Universitat de València y Universidad de Granada, Valencia-Granada, 2005, p. 238 (ed. or., Sao Paulo, 2000). Debo esta referencia a Jim Amelang.

³. Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, “La historia política: de una encrucijada a otra”, en Roberto J. López y Domingo L. González Lopo, eds., *Balance de la historiografía modernista, 1973-2001. Homenaje al Profesor Dr. D. Antonio Eiras Roel*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 2003, pp. 479-488; António M. HESPANHA, *Cultura jurídica europea. Síntesis de un milenio*, Tecnos, Madrid, 2002 p.

Desde una política eclipsada a una política omnipresente: ésta es la formidable transformación historiográfica y conceptual producida. No es de extrañar que las categorías analíticas habituales (estado moderno, absolutismo, centralización) hayan quedado tan maltrechas en semejante torbellino. Una visión menos dirigista de la política, no tan descendente desde los órganos gubernativos sobre la sociedad, más atenta a la interacción y más sensible a los intereses y capacidades operativas de las clases dirigentes locales y provinciales se fue afianzando con claridad, al tiempo que las distorsiones nacidas de aplicar el llamado “paradigma estatalista” a las realidades políticas del Antiguo Régimen eran puestas de relieve de manera cada vez más clara (capítulo 3). Abundando en estos planteamientos, nuevos estudios han mostrado el simplismo de dicotomías habituales, como estado-sociedad u obediencia-revuelta, lo cual ha permitido conocer mejor el entramado jurisdiccional y corporativo de la época, y, en particular, las dinámicas constitucionales de los diversos reinos de la Monarquía Española. También la dicotomía ideas-realidad ha sido cuestionada, de modo que, junto a los contenidos objetivos del proceso histórico, se viene tomando asimismo en consideración el sentido que los mismos tenían para sus actores. El amplio mundo de las culturas políticas y (por influencia, cercana o lejana, del tan traído y llevado “giro lingüístico”) los significados y usos del lenguaje en la época se han situado en el primer plano de la investigación (capítulos 4 y 7).

Parecidamente, los prolíficos debates desatados por el llamado “revisionismo” sobre las Revoluciones Inglesa y Francesa, rampante en la década de 1980, giraron primeramente alrededor del nuevo papel atribuido a los factores políticos en la génesis de ambas, para pasar, en una fase posterior, a replantear el papel de la religión y señalar el de la cultura política. Por extensión, estos debates abordaron abiertamente dos cuestiones capitales e interrelacionadas: la causa-

27; Teófilo F. RUIZ, *Historia social de España, 1400-1600*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 7 (ed. or., Londres-Nueva York, 2001).

ción histórica entonces (con profundos replanteamientos sobre las relaciones entre actores colectivos e individuales, entre factores de larga duración y acontecimientos, incluso entre causas y consecuencias) y el análisis histórico ahora (con una creciente prevención ante el teleologismo y las explicaciones mecánicas o monocausales). El alcance de estas cuestiones explica que las repercusiones de los debates revisionistas desbordaran los límites cronológicos convencionales de la Edad Moderna y afectaran al conjunto de la reflexión histórica. Y si bien su fase más encendida parece haber pasado, sus secuelas siguen marcando el paisaje historiográfico actual. Así queda de manifiesto en varios frentes: en el trabajo dedicado a trazar la génesis y desarrollo del revisionismo y del post-revisionismo acerca de la Revolución Inglesa (capítulo 6); en el análisis del cambiado modo en que actualmente se entienden y estudian tanto los fenómenos revolucionarios en el Antiguo Régimen como los factores sociopolíticos que provocan el cambio histórico (capítulo 9); y, más en general, en el ensayo sobre el tipo de temas planteados y de explicaciones aportadas que ha caracterizado el clima historiográfico internacional en los últimos lustros en lo relativo a la Edad Moderna, un clima que, en consonancia con tendencias comunes a toda la profesión, se inclina a poner en sordina no pocas de las anteriores certidumbres y confianzas analíticas (capítulo 5).

Por su parte, la ilustre trayectoria de Sir John H. Elliott ofrece un testimonio muy revelador de la práctica de la mejor historia política a lo largo de medio siglo. Repasar esta trayectoria a través de sus artículos resulta especialmente iluminador, pues es en ellos, más que en sus libros, donde Sir John ha solido intervenir en los debates en curso, exponiendo opiniones, formulando sugerencias y marcando líneas de investigación, cuya influencia es notoria (capítulo 8).

El propio Elliott ha efectuado observaciones adicionales en su reciente prefacio a la nueva edición de su *Europe divided*, publicado originariamente en 1968. En él ofrece un ágil balance de los principales cambios experimentados desde entonces en la práctica de la

historia política y menciona varios de los temas ahora más favorecidos: la capacidad humana de actuar, la orientación hacia lo personal e individual, el reconocimiento de lo contingente y fortuito y de la confusión en que suelen encontrarse los protagonistas, el ejercicio de la acción gubernativa a través del patronazgo, linajes y clientelas, la influencia de las representaciones y del simbolismo del poder. En particular, señala que la más importante de las tendencias recientes es la práctica desaparición de las barreras tradicionales entre disciplinas, conforme historiadores de la política, la sociedad, el arte, la literatura y las ideas han emprendido una tarea conjunta destinada a recuperar y reconstruir el lenguaje del pasado, tarea que, a su vez, está propiciando una nueva atención hacia la historia cultural.⁴

En efecto, además de las referidas cautelas ante el teleologismo, el automatismo causal y el anacronismo en la aplicación al Antiguo Régimen de categorías historiográficas ajenas al mismo, se ha desarrollado entre los historiadores una conciencia cada vez más aguda respecto de la alteridad del pasado. Frente a una visión de los procesos históricos que gustaba de encontrar en el Renacimiento y en la Edad Moderna no pocos precursores de fenómenos propios de la Edad Contemporánea, hoy se impone la conciencia de la necesidad de restituirle al pasado su especificidad, su historicidad. Y para ello se estima conveniente adoptar frente al mismo una postura de extrañamiento, en lugar de la familiaridad, de modo que la relación entre el historiador y su objeto de estudio se ha tornado ahora mucho menos transparente.⁵ Se reconoce como necesario y difícil despejar el

⁴ J.H. ELLIOTT, *Europe divided, 1559-1598*, segunda edición, Blackwell, Oxford, 2000, "Preface".

⁵ Valgan por todos, desde sus ángulos respectivos, Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, "Prólogo", a sus *Fragmentos de monarquía. Trabajos de historia política*, Alianza, Madrid, 1992, p. 14; Georg G. IGERS, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Labor, Barcelona, 1995, pp. 85, 93, 109 (ed. or., Göttingen, 1993); Carlo GINZBURG, *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Península, Barcelona, 2000 (ed. or., Milán, 1998); y HESPANHA, *Cultura jurídica europea*, pp. 26, 33-38, 45.

significado que los actores daban a sus acciones y la intencionalidad que abrigaban y, para ello, el vocabulario, el habla y otros recursos comunicativos, entendidos todos ellos como acciones, son objeto de atención creciente. En expresión de Quentin Skinner, hay que ver las cosas “a su manera”, a la manera de los actores del pasado que se estudia.⁶ Estas preocupaciones han impulsado recientemente un modo de mirar la política desde el prisma de la cultura, un modo de entender la política como cultura. Por tanto, puede decirse que si al inicio de la etapa historiográfica cubierta en este volumen la política empezaba a dejar de ser vista ante todo desde la perspectiva socio-económica y se le reconocía de nuevo su autonomía como factor causal en el desarrollo histórico, ahora, en cambio, es entendida cada vez más en su cercanía con el pensamiento político y como manifestación de prácticas culturales y discursivas. Y yo mismo, en la orientación que ha venido tomando mi propia investigación, creo reconocerme en esta evolución más amplia (capítulo 10).

Así pues, la cita de Gracián que, en su pura literalidad, parecía útil en 1983 para identificar y encauzar aquellos primeros y elocuentes indicios de renovación historiográfica, hoy resulta también apropiada. Hoy, reconocida la carga semántica que acarrearán los vocablos más comunes, la cita sirve asimismo para constatar la mayor complejidad que se les reconoce a los fenómenos políticos y a los discursos que los modulan. Y, en consonancia con esta perspectiva, años después he regresado a la cita e intentado desvelar el precipitado de significados que el término “política” guarda en el universo graciano.⁷

Los trabajos recogidos en este volumen aparecen en el mismo orden en que fueron publicados y se ha respetado asimismo su contenido original, salvo leves correcciones formales o de estilo. Cualquier puesta al día estaba totalmente fuera de lugar, además de adivinarse

⁶. Quentin SKINNER, *Visions of politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, vol. I, “Introduction: seeing things their way”, pp. 1-7

⁷. “Baltasar Gracián: Política de *El Político*”, *Pedralbes*, 24 (2004), pp. 117-182.

impracticable. Es en cuanto que balizas sucesivas del desarrollo de la historiografía política moderna a lo largo del período de referencia que hoy pueden resultar de interés para el lector.

Ninguno de ellos pretende ser un repertorio bibliográfico, sino que su propósito es aportar balances y estados de la cuestión, ilustrar enfoques y manifestar un posicionamiento personal en los debates en curso. Aún así, trabajos de este tipo corren el riesgo de caer en una retahíla de autores y títulos, y es probable que yo no haya escapado aquí a él. Por otra parte, es seguro que se echarán en falta temas, nombres y títulos significativos. A causa de su extraordinario incremento, la bibliografía se ha hecho inabarcable y las omisiones, inevitables. Las omisiones resultarán tanto más visibles cuanto que los trabajos reunidos presentan repeticiones, quizá también de modo inevitable, dado el carácter complementario y, a fin de cuentas, acumulativo que tienen entre sí. Varios temas y cuestiones aparecen y reaparecen en ellos, notablemente las clases dirigentes, la cultura política, el revisionismo, los significados, en lo que —más allá de la manifiesta importancia que han adquirido y del grueso de su bibliografía— no puede dejar de reflejar preferencias personales.

Se cumplen ahora veinticinco años desde que tuve la fortuna de llegar a Princeton, primero a su Universidad, gracias a una beca de la Fundación Juan March, y seguidamente al Institute for Advanced Study, gracias a la invitación del Profesor J.H. Elliott. Esta circunstancia, de orden particular, bien puede tomarse como motivo adicional para publicar este volumen recopilatorio. Y aquí no puedo sino renovarles la expresión de mi reconocimiento. No pocas lecturas y reflexiones que subyacen en el volumen tienen su origen en aquellas estancias. Esto ha conferido a sus contenidos un sesgo bibliográfico anglonorteamericano insalvable, sesgo que, por lo demás, se ve intensificado por el tema concreto de los capítulos 1, 6, 7 y 8. Pero semejante sesgo responde asimismo al creciente peso que la bibliografía en lengua inglesa ha adquirido en el conjunto de la profesión precisamente durante estos años. Mientras los hispanistas británicos

y norteamericanos, que nunca abandonaron el estudio de la política, han incrementado sus filas, otros temas importantes han conocido una aportación numerosa e influyente de autores en lengua inglesa, como son el absolutismo francés, la cultura política, la simbología de la realeza o las conductas de grupos intermedios estudiadas bajo influencia de la antropología cultural.

Si esta creciente internacionalización de las prácticas historiográficas es uno de los rasgos característicos de este último cuarto de siglo, otro no menos visible es la acusada inclinación a repensar el pasado. De hecho, mirar el pasado con nuevos ojos o interrogarlo a la luz de nueva información y de nuevas perspectivas es consustancial a la disciplina. La “historia en construcción” de Pierre Vilar viene fácilmente a la memoria. Lo que singulariza a esta etapa es que esta actitud se ha hecho más intensa y explícita, hasta inspirar revistas que la han tomado por título: la portuguesa *Penélope. Fazer e desfazer a História*, iniciada en 1988, y la anglonorteamericana *Rethinking History. The journal of theory and practice*, iniciada en 1997. El famoso *tournant critique* de *Annales*, en 1988 y 1989, y el cambio en el archiconocido subtítulo de la revista en 1994 no fueron sino una renovación al por mayor en la óptica para mirar el pasado, como también lo han sido el vasto congreso *Historia a debate*, celebrado en Santiago de Compostela en 1993, y sus sucesivas ediciones en años posteriores. E incluso *Past and Present*, de modo más circunspecto, se ha hecho eco de estas inquietudes, a propósito de un reciente encuentro dedicado a “Rewriting the past” (número 176, agosto 2002).

Los años transcurridos entre finales de la década de 1970 hasta hoy constituyen una etapa diferenciada en el desarrollo de la historiografía en su conjunto, y así coinciden en señalarlo diversos estudiosos.⁸ Esto se debe a que este cuarto de siglo largo de *tiempo de*

⁸. Peter BURKE, “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”, p. 19, en P. Burke, ed., *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1993, p. 19 (ed. or., Cambridge, 1991); IGGERS, *Ciencia histórica en el siglo XX*, pp. 17-18, 22; Roger

política ha sido también una fase en que inquietudes de naturaleza y origen diversos han confluído en poner en tela de juicio aquel optimismo tan característico de la etapa anterior. Como se ha dicho suficientes veces, el descrédito en que han caído los grandes sistemas y corrientes interpretativos (estructuralismo, funcionalismo, marxismo), el vendaval levantado por los estudios literarios postmodernistas, la propia crisis de la idea de modernidad y otros factores simultáneos han alentado dudas más o menos agudas en cuanto a las capacidades de la Historia para ofrecer una exposición ordenada e inteligible de los procesos históricos, al grado de objetividad alcanzable y, según algunos, al mismo estatuto epistemológico de la disciplina. Asuntos clave como hecho, causa y prueba están hoy sobre el tapete. Pero voces señeras han reafirmado con autoridad la capacidad analítica y cognitiva de la Historia.⁹

En su formulación más extrema, estas preocupaciones, lindantes con la teoría de la Historia, no han afectado de modo directo ni mayoritario a la práctica de la historia política transformada. Han dibujado el trasfondo (cercano o lejano, según los casos), más que constituido sus mimbres. Los historiadores no pueden dejar de reflexionar sobre su *métier*, pero no suelen adentrarse en la teoría ni en la filosofía de la Historia. Sería de indudable interés interrogarse sobre las posibles influencias recíprocas entre esta historia política (recelosa ante explicaciones unilineales del devenir histórico) y los desafíos lanzados sobre la Historia, pero es algo que excede claramente de los propósitos de este volumen.

CHARTIER, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, Albin Michel, París, 1998, pp. 19, 26; Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004, pp. 10, 34, 53, 89, 93, 100, 142, 496.

⁹. Carlo GINZBURG, *History, rhetoric and proof*, University Press of New England, Hanover-Londres, 1999; J.H. ELLIOTT, "El oficio de historiador" en R. Fernández, A. Passola y M. J. Vilalta, coords., *John Elliott. El oficio de historiador*, Milenio, Lérida, 2001, pp. 9-10, 15-16.

Éste ha sido un *tiempo de política*. En el transcurso del mismo, la política y lo político no han dejado de aparecer más y más polifacéticos gracias a las nuevas fuentes utilizadas y a las sugestivas perspectivas con que han sido entendidos. Los trabajos aquí reunidos ofrecen una guía de la evolución producida, una topografía de los cambiantes paisajes transitados.

La actualización bibliográfica, tarea acumulativa siempre incompleta, nunca sería posible sin la ayuda de colegas que aportan noticias y comentarios sobre unos u otros títulos. Son muchos, demasiados para mencionarlos aquí, los que, a lo largo de los años, me han proporcionado información oportuna y librado de no pocas lagunas. He discutido diversos aspectos de este volumen recopilatorio con Jim Amelang, Josep M. Fradera, Julio Pardos y Fernando Sánchez Marcos, a quienes agradezco sus orientaciones. Xavier Baró Queralt me ha ayudado a confeccionar el índice analítico. Todos los artículos se reproducen aquí con permiso de los directores o responsables editoriales de las revistas y volúmenes en los que fueron originariamente publicados. Quede constancia de mi agradecimiento por su buena disposición al respecto.

Barcelona, enero 2006

1

*Recepción de la Escuela de Annales en la historia social anglosajona **

1. Introducción

En el seno de la comunidad de historiadores parece haber un amplio acuerdo en considerar que el período comprendido más o menos entre el final de la Segunda Guerra Mundial y los años presentes ha conocido un marcado crecimiento de la producción historiográfica, tanto en la calidad como en la cantidad. Así, Lawrence Stone puede calificar los últimos veinticinco años como una “fase heroica” y una “edad de oro” en la evolución del entendimiento histórico y expresa su satisfacción por haber participado en semejante tarea, sentimiento que comparte, desde una corriente distinta, François Furet.¹ El crecimiento experimentado ha sido registrado sucesivamente en libros que durante los últimos años han querido hacer un alto en el camino para tomar el pulso a los avances alcanzados y apuntar líneas de desarrollo, en los que el repetido uso de la expresión “nueva historia”

* Publicado originalmente por la Fundación Juan March, Serie Universitaria, número 207, Madrid, 1983.

¹ . Lawrence STONE, *The past and the present*, Boston-Londres-Henley, 1981, pp. xi, xii, 30; François FURET, “En marge des *Annales*. Histoire et sciences sociales”, *Le Débat*, 17 (diciembre 1981), p. 112.

habla también de la conciencia –por no decir afán– de novedad y progreso.²

Uno de los factores que indudablemente ha contribuido a este florecimiento ha sido la labor de la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, titulada desde 1947 *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, y del grupo de historiadores que, gravitando alrededor de la revista y de la VIe Section de l'École Pratique des Hautes Études de París, ha dado en llamarse, con mayor o menor precisión, la escuela de los *Annales*. El grupo, numeroso en componentes y prolífico en producción, constituye un fenómeno de primera magnitud en el mundo intelectual francés, cuya influencia ha rebasado ampliamente sus límites nacionales. Por lo tanto, puede resultar revelador atender a la repercusión de esta escuela o, por lo menos, a la acogida que se le ha dispensado, en el mundo anglosajón, donde en estas últimas décadas también han frugado fructíferas aportaciones a esa *nueva historia*.

Antes de empezar conviene decir que el grupo de los *Annales* es considerado como una escuela, probablemente por sus miembros y ciertamente por los que no lo son, a pesar de las repetidas proclamas en sentido contrario por parte de su jefe de filas reconocido, Fernand Braudel, y a pesar de los comentarios sobre su falta de homogeneidad

². Unos ejemplos son los siguientes: John HIGHAM, Leonard KRIEGER y Felix GILBERT, *History*, Englewood Cliffs, New Jersey, 1965; "New ways in history", *Times Literary Supplement*, 7 abril, 28 julio y 8 septiembre 1966; Walter LAQUEUR y George L. MOSSE, eds., *The new history. Trends in historical research and writing since World War II*, Nueva York, 1967; Felix GILBERT y Stephen GRAUBARD, eds., *Historical studies today*, Nueva York, 1972 (publicado inicialmente en *Daedalus*, 1971); Jacques LE GOFF y Pierre NORA, dirs., *Faire de l'histoire*, 3 vols., París, 1974; Charles F. DELZELL, ed., *The future of history. Essays in the Vanderbilt University Centennial Symposium*, Nashville, Tenn., 1977; Jacques LE GOFF, Roger CHARTIER y Jacques REVEL, dirs., *La nouvelle histoire*, París, 1978; Michael KAMMEN, ed., *The past before us. Contemporary historical writing in the U.S.*, Ithaca, Nueva York, 1980; "The new history: the 1980's and beyond", *Journal of Interdisciplinary History*, 12 (1981). No debe confundirse esta "nueva historia" con los "nuevos historiadores" norteamericanos de inicios del presente siglo, tales como Charles Beard y James Harvey Robinson.

o incluso sobre su actual *émiettement*. Es en este sentido que hablo de “escuela”, aunque ello no significa olvidar la existencia en su seno de apreciables variantes y matices. En realidad, cabe decir que la síntesis y asimilación de diversas corrientes realizadas con creciente eclecticismo por los *Annales* viene a caracterizar actualmente a la escuela tanto como las innovaciones que le confirieron sus rasgos iniciales más acusados. Ello hace difícil, sobre todo para los últimos diez años, fijar límites precisos a la escuela, dificultad acrecida por la abundancia de epígonos, muchos de los cuales, por otra parte, han publicado en la revista y mantenido relaciones con la VIe Section. Y es que, como se ha dicho, *Annales* es un “lugar”, tanto en sentido figurativo como simbólico. No es de extrañar, por lo tanto, que en medios norteamericanos se utilice a veces la expresión “escuela de *Annales*” en sentido laxo, incluyendo en ella a historiadores franceses que en rigor no pertenecen a la misma, o bien que se subsuma a unos y otros en una llamada escuela francesa de historia.³

En contraste con los presupuestos básicos compartidos por *Annales* y con su institucionalización en organismos públicos, sería erróneo considerar la producción histórica anglosajona como una unidad. Antes al contrario, la descentralización universitaria británica y norteamericana, la falta de un modo común de mirar a la historia, un notable empirismo en el trabajo y el carácter más bien individual de

³. George G. IGGERS viene a situar a Philippe Ariès e incluso a Michel Vovelle dentro del grupo *Annales* y considera a Pierre Vilar como puente entre éste y el marxismo: “The *Annales* tradition. French historians in search of a science of history”, en su *New directions in European historiography*, Middletown, Conn., 1975, pp. 65, 66, 71, 139, 144-145. En el volumen editado por R. FORSTER y O. RANUM, *Rural society in France. Selections from the “Annales”*, Baltimore, 1977, se incluyen artículos de Georges Lefebvre y Albert Soboul. Un trabajo de Samuel KINSER presentado en un coloquio en la Universidad de California, Berkeley, en febrero de 1974, lleva por título “Braudel and Vilar: the ‘structuralism’ of the *Annales* school”. Isser WOLLOCH habla de la escuela histórica nacional francesa, en la que incluye a los *Annales*, Ernest Labrousse, Georges Lefebvre y Albert Soboul: “French economic and social history”, *Journal of Interdisciplinary History*, 4 (1974), pp. 435-437. En ocasiones Michel Vovelle y Maurice Agulhon han sido también englobados en *Annales*.

no pocas de sus figuras, confieren a la profesión histórica de habla inglesa una diversidad y una autonomía características. Aún así, mundo anglosajón o mundo anglo-norteamericano son expresiones excesivamente vagas. Dentro de esos medios, sin embargo, la llamada *social history* ha adquirido carta de naturaleza y ofrece una producción histórica amplia y consolidada que, aun en su innegable variedad, está dotada de identidad propia.⁴ Los contactos más bien estrechos entre sus practicantes a ambos lados del Atlántico y la existencia de rasgos compartidos dan consistencia a una óptica que es la que tomo como punto de vista para evaluar el impacto de la escuela francesa. Esta óptica viene a materializarse en los intereses e inquietudes, no siempre coincidentes, representados de un modo u otro por las revistas *Past and Present*, *Journal of Modern History*, *Social History*, *Journal of Social History*, *Journal of Interdisciplinary History*, *Comparative Studies in Society and History*, *Times Literary Supplement* y *New York Review of Books*, entre otras.

En conjunto, pues, se atiende aquí a la recepción de la escuela de *Annales* en la historia social británica y norteamericana, tomando esta expresión en sentido amplio. Si, según se ha visto, no es fácil precisar los límites de la escuela de *Annales* aun existiendo fuertes rasgos distintivos, más difícil resulta perfilar los contornos de la *social history*. Así, y en el sentido amplio referido, cumple observar que, en general, la historia social británica tradicional se ha caracterizado por su notable empirismo, en tanto que la norteamericana presenta una mayor inquietud metodológica. Sin embargo, recientemente se asiste en sec-

⁴. Para visiones de conjunto en ambos países, véase Harold PERKING, "Social history in Britain", *Journal of Social History*, 10 (1976), pp. 129-143; y Peter N. STEARNS, "Toward a wider vision: trends in social history", en Kammen, ed., *The past before us*, pp. 205-230. Véase asimismo el resto de trabajos incluidos en el citado número de *Journal of Social History*, especial dedicado a la historia social; el editorial de presentación del primer número de *Social History*, 1 (1976), pp. 1-3; J. MORGAN KOUSSER, "The agenda for 'Social Science History'", *Social Science History*, 1 (1977), pp. 383-391; y Tony JUDT, "A clown in regal purple: social science and the historians", *History Workshop Journal*, 7 (1979), pp. 66-94.

tores de la británica a un esfuerzo metodológico y teórico, sobre todo en *History Workshop Journal* o en la citada *Social History*, que merece señalarse, en tanto que cierto olvido de las cuestiones teóricas es propio de la estadounidense. Por otra parte, bajo una común y flexible expresión de *social history* anglosajona pueden englobarse enfoques y estilos diferenciados, como los que representan, para citar tan sólo algunos nombres destacados, Bernard Baylin, Peter Burke, Peter Laslett, Lawrence Stone, E.P. Thompson o Charles Tilly. Con todo, las líneas generales de las revistas mencionadas ofrecen un marco de suficiente entidad como para contrastar en él la producción de los *Annales*.

En cualquier caso, esto no comporta una valoración por mi parte sobre las aportaciones de la *social history* ni tampoco un análisis de la labor de los historiadores sociales anglosajones que se han mostrado más receptivos a *Annales*. Con todo, en estos autores puede verse tanto la influencia práctica ejercida por la escuela como sus matizaciones acerca de las características más acusadas de la misma.

Para mis propósitos presto atención a reseñas publicadas en las revistas indicadas sobre obras de varios *annalistes*, a trabajos específicos sobre características de la escuela y a referencias a la misma vertidas en consideraciones generales sobre la situación historiográfica reciente. No pretendo, sin embargo, efectuar una valoración pormenorizada del total de reseñas publicadas, como a veces se ha hecho,⁵ sino tan sólo, y en la medida de lo posible, tomar el pulso a este sector historiográfico como contrapunto a *Annales* mediante los

⁵. En varias ocasiones se han realizado estudios precisos de número de artículos y reseñas, incluso con gradación de elogios y críticas, aparecidos en diversas revistas para evaluar el vigor de distintas corrientes historiográficas o el impacto de determinado tipo de investigación en un país extranjero. Véase, por ejemplo, David H. PINKNEY, "The dilemma of the American historian of modern France reconsidered", *French Historical Studies*, 9 (1975), pp. 170-181; del mismo, "American historians of the European past", *American Historical Review*, 86 (1981), pp. 1-20; William H. MCNEIL, "Modern European history", y Robert DARNTON, "Intellectual and cultural history", ambos en Kammen, ed., *The past before us*, pp. 96-99 y 336, 350-354, respectivamente.

comentarios que le ha merecido. Así se puede apreciar la percepción de *Annales* por la *social history* y la imagen de la escuela que de ella resulta. Esto quizá permita, además, poner de relieve las concepciones y criterios en virtud de los cuales dichos comentarios son formulados y, de esta manera, iluminar los presupuestos de la *social history*. Así pues, el objeto del presente trabajo es un diálogo entre ambas corrientes historiográficas.⁶

En las páginas que siguen trato en primer lugar de la evolución de la recepción de los *Annales* en el mundo anglosajón; a continuación, abordo el tratamiento que ha recibido la obra de Fernand Braudel y los comentarios sobre el supuesto modelo elaborado por *Annales* a ella asociado; prosigo con una rápida mirada a la repercusión de la escuela en los estudios en inglés de la vida material; me ocupo seguidamente de la reacción despertada por el estudio de las mentalidades colectivas y por la ausencia de la dimensión política en la producción de la escuela; y acabo con un breve balance.

2. *Proceso de la recepción.*

La producción de los historiadores de *Annales* goza actualmente de una difusión y un reconocimiento muy amplios en los medios académicos británicos y estadounidenses. Ello queda reflejado, por ejemplo, en la frecuencia con que se hace alusión a la escuela en reseñas de libros de autores de habla inglesa. Así, el comentario a un libro sobre los campesinos ingleses de los siglos XVI y XVII destaca que la “historia total” característica de los *Annales* ha tardado en arraigar en

⁶. El reciente libro de Josep FONTANA, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, ofrece, sobre todo en sus capítulos 8 a 13, un amplio panorama historiográfico donde situar las corrientes que aparecen en este trabajo. Para el tema general de la escuela, véase también su conocido “Ascens i decadència de l’escola dels *Annales*”, *Recerques*, 4 (1974), pp. 283-298.

Inglaterra;⁷ una reseña sobre recientes trabajos relativos a la Francia moderna observa que los historiadores franceses han dejado a sus colegas norteamericanos y británicos el campo de la historia política, en tanto que ellos se han dedicado a la económica y social;⁸ una nota sobre un estudio de la frontera ibero-africana en el siglo XVI recomienda no abrumarse ante los cuadros, gráficos y estadísticas de Braudel, “tan gratas a la escuela de *Annales*”;⁹ un crítico, refiriéndose a la distribución por capítulos de un estudio del mundo científico francés en los siglos XVII y XVIII, observa que el autor opta por “la santificada división gálica” en tres partes, con lo que intenta –añade– proporcionar “cierta tensión dramática” al libro;¹⁰ y la reseña de un estudio sobre la política francesa de la segunda mitad del siglo XIX lamenta que el autor, al igual que tantos historiadores de *Annales*, corre el riesgo de despolitizar su tema y concluye señalando que la vida del animal político es más sutil y sustantiva de lo que la historia estilo *Annales* suele admitir.¹¹

Este somero repaso a reseñas recientes muestra la familiaridad alcanzada por los *Annales* en el mundo angloamericano y, al mismo tiempo, apunta algunas de las características de dicha escuela que le resultan más llamativas. Semejante difusión es un fenómeno sobre todo de los últimos quince años que responde también al momento del

⁷. David UNDERDOWN, reseña de Margaret Spufford, *Contrasting communities. English villagers in the 16th and 17th centuries*, Nueva York-Londres, 1974, *Journal of Modern History*, 48 (1976), pp. 702-703.

⁸. Peter BURKE, “The high road and the low road: approaches to early modern France”, *Historical Journal*, 24 (1981), pp. 731-732.

⁹. Archibald R. LEWIS, reseña de Andrew H. Hess, *The forgotten frontier: a history of the 16th-century Ibero-African frontier*, Chicago, 1978, *American Historical Review*, 84 (1979), p. 716.

¹⁰. Dora B. WEINER, reseña de Charles C. Gillespie, *Science and polity in France at the end of the Old Regime*, Princeton, 1980, *American Historical Review*, 87 (1982), p. 186.

¹¹. Steven ENGLUND, “The style of the left”, reseña de Patrick H. Hutton, *The cult of the revolutionary tradition. The Blanquists in French politics, 1864-1893*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1982, *Times Literary Supplement*, 11 junio 1982, p. 646.

triumfo académico e institucional del grupo en Francia y al florecimiento de la historia social por todas partes.¹²

Trazar la trayectoria de *Annales* como línea diferenciada en el mundo historiográfico anglosajón resulta en cierto modo difícil, pues, tal como puntualiza E.J. Hobsbawm, el alto grado de relación y contactos alcanzado ha dado lugar, de hecho, a cierta comunidad internacional que se mueve en una misma dirección o, por lo menos, en direcciones convergentes, de manera que mirar a esta trayectoria en términos de imperialismo cultural –la conquista por *Annales* de otro país– sería erróneo.¹³ Aún así, es posible perfilar una trayectoria más o menos definida y, en este sentido, se ha destacado “la profunda repercusión” de los *Annales* en los Estados Unidos y la “gran respuesta” deparada en ese país a los enfoques de la escuela.¹⁴

En la Gran Bretaña la investigación histórica estaba dominada durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial por el academismo y el positivismo de *English Historical Review* y *Economic History Review*, revistas que, significativamente, no se hicieron eco de la aparición de la primera edición de *La Méditerranée*.¹⁵ En ese am-

¹². Para una ágil perspectiva del desarrollo de la historia social en las últimas décadas, véase Lawrence STONE, “History and the social sciences in the twentieth century”, en su *The past and the present*, cap. 1.

¹³. E.J. HOBSBAWM, “Discussion”, *Review. A Journal of the Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems and Civilizations*, 1 (1977-1978), p. 221. De aquí en adelante a esta revista se la cita como *Review*.

¹⁴. Michael KAMMEN, “Introduction. The historian’s vocation and the state of the discipline in the U.S.”; y William J. BOUWSMA, “Early modern Europe”, ambos en Kammen, ed., *The past before us*, pp. 26 y 90, respectivamente.

¹⁵. Para una visión general de la historia británica en las últimas décadas, véase Arthur MARWICK, *The nature of history*, Londres, 1970, en especial caps. 3, 4 y 6; y E.J. HOBSBAWM, “Fase di transizione per gli studi storici inglesi”, *Rinascita*, 6 (1973). Las líneas siguientes están inspiradas sobre todo en Peter BURKE, “Reflections on the historical revolution in France: the *Annales* school and British social history”, y en los comentarios de E.J. Hobsbawm a ese trabajo, ambos en *Review*, 1 (1977-1978), pp. 147-156 y 157-160. Burke tiende a disminuir el alcance del conocimiento inglés de Bloch,

biente la tarea innovadora no ya de *Annales* sino de toda la nueva historia francesa representada también por Georges Lefevre y Ernest Labrousse, fue vista con simpatía por los historiadores que iban a fundar *Past and Present* en 1952. Ya en la década de 1930 se habían establecido buenas relaciones por medio de M. Postan, sobre todo a propósito de Marc Bloch y por la confluencia, a través del estudio de la historia económica, de la historiografía marxista inglesa y la escuela francesa. Estas relaciones se intensificarían posteriormente por el hecho de coincidir los estudios de la revista francesa sobre el siglo XVI y el debate en *Past and Present* sobre el período del siglo XVI al XVIII. En varios aspectos, pues, había ciertas coincidencias de tema de estudio, punto de vista y propósito de renovar los estudios históricos. En este sentido Rodney H. Hilton y Christopher Hill escribieron reseñas favorables a obras de Braudel y Le Roy Ladurie, no sin dejar por ello de señalar cierta falta de rigor materialista y de análisis económico.¹⁶

Otros factores, sin embargo, dificultaron una recepción más calurosa y una repercusión más visibe. Cabe mencionar el sólido asentamiento de la historia política y diplomática tradicional, que nunca arrió bandera; el menor desarrollo de la geografía humana; la tradición de empirismo en la práctica histórica; y una cierta aversión ante varios rasgos de la escuela, tales como sus pretensiones de totalidad, la más bien típica preocupación francesa por cuestiones de método y la cargada terminología empleada. La mayor parte de estos factores no suelen aparecer explícitos en comentarios ni reseñas, pero sí el mencionado en último

Febvre y Braudel antes de 1950, en tanto que Hobsbawm constata una acogida más cálida, extensiva también a Lefebvre y Labrousse.

¹⁶ R.H. HILTON, reseña de E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, París, 1966, *English Historical Review*, 82 (1967), pp. 791-795; Christopher HILL, reseña de F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*, vol. I, París, 1967, *History and Theory*, 8 (1969), pp. 301-303. Véase también el favorable comentario de Joan THIRSK al libro de Le Roy Ladurie mencionado, *Agricultural Historical Review*, 19 (1971), pp. 178-180; y la reseña sobre este libro, asimismo positiva, en *Times Literary Supplement*, 8 septiembre 1966, pp. 915-816.

lugar, esa antipatía ante una verborrea que ha ido haciéndose característica. Así, junto a elogios por descollantes casos de vivo estilo narrativo, se han censurado los “peculiares rasgos de estilo” legados por Lucien Febvre y la “jerga esotérica” utilizada entre los iniciados en la VIe Section.¹⁷

La acogida dispensada a los *Annales* en el Reino Unido queda resumida en el comentario del *Times Literary Supplement* en 1966 a un libro francés que hacía balance de la producción historiográfica francesa durante los veinticinco años anteriores. En él se señala el fuerte carácter de escuela de la historia practicada en Francia y se denuncia la insularidad de su mundo académico, reacio a conocer y apreciar el trabajo sobre la propia historia francesa realizado en lengua inglesa. De *Annales*, cuyo peso queda subrayado, se observa la influencia no dogmática recibida del marxismo y la óptica liberal y humanista de la revista. Los conceptos de estructura y coyuntura y la utilización de métodos de otras ciencias sociales, continua el comentario, es algo que resulta poco familiar en los medios británicos, y añade que, pese a la creciente internacionalización de la investigación histórica, “lo que es único del estudio de la historia en la Francia contemporánea no son tanto esos cambios de interés y de método en sí mismos, como el sabor gálico que los grandes historiadores franceses les han dado”. Tan es así, acaba este comentario, que sólo un francés hubiera podido escribir *La Méditerranée* o los trabajos de Georges Lefebvre.¹⁸

¹⁷. J.S. BROMLEY, reseña de Abel Poitrineau, *La vie rurale en Basse Auvergne au XVIIIe siècle (1728-1789)*, París, 1965, *English Historical Review*, 84 (1969), p. 804; “Parasitical city of the Golden Age”, reseña, cuyo autor no figura, de B. Bennassar, *Valladolid au Siècle d’Or*, París, 1968, *Times Literary Supplement*, 1 agosto 1968, p. 828.

¹⁸. “The French way of research”, reseña del volumen publicado por el Comité Français des Sciences Historiques, *Vint-cinq ans de recherche historique en France (1940-1965)*, 2 vols., París, 1966, *Times Literary Supplement*, 8 septiembre 1966, p. 811. En este mismo número, Richard Cobb, notorio por su personal modo de trabajo y por su reconocida antipatía hacia los *Annales*, expresaba en términos más punzantes una opinión no distante:

Este último comentario quizá peque un poco de reduccionista, pero pone acertadamente de relieve esa confluencia entre intereses y métodos en el estudio de la historia social y el fuerte carácter de cultura nacional de la historiografía francesa. Conocimiento mutuo y convergencia, por un lado, y continuidad de sendos rasgos nacionales diferenciadores, por otro, son características de esos años.¹⁹

De esta manera, Peter Burke, receptivo desde fecha temprana ante la obra de los *annalistes*, comenta que trabajos básicos de historia social tales que *The crisis of the aristocracy*, de Lawrence Stone (Oxford, 1965), y *Religion and the decline of magic*, de Keith Thomas (Londres, 1971), están en la línea del espíritu de la escuela, cuyas enseñanzas fueron asimiladas por sus autores, pero que, al mismo tiempo, éstos recibieron influencias más profundas de R.H. Tawney, Christopher Hill, Max Weber, Thorstein Veblen, Bronislaw Malinowski y Edward Evans-Pritchard. Según Burke, los *Annales* fueron más influyentes en un grupo de historiadores británicos más jóvenes, tales como John Bossy, Clifford Davis, Henry Kamen Geoffrey Parker y él mismo, si bien puntualiza que se trató de una influencia selectiva, la

“La característica más obvia es el estilo, muy mucho el estilo *Annales*. Puede ser descrito, en el peor de los casos, como la capacidad de exponer de modo oscuro y en un francés casi sartreano por su aspecto turbio (*in its muddiness*), lo que anteriormente otros historiadores no confabulados habían dicho de manera clara y simple (...) Es también la capacidad de lograr que lo evidente suene como el descubrimiento de la teoría de la relatividad (...) Receta: no importa lo que digas mientras lo digas de modo diferente”:

Richard COBB, “Annalist’s revolution”, reseña de François Furet y Denis Richet, *La Révolution. Des États Généraux au 9 Thermidor*, París, 1966, *ibid.*, p. 819; reimpresso después como “Nous des *Annales*”, en su *A second identity. Essays on France and French history*, Londres, 1969, pp. 76-83. Esta y otras duras críticas en esta reseña motivaron una carta de protesta de Pierre Goubert y una nota conciliatoria de E.J. Hobsbawm, ambas en *Times Literary Supplement*, 29 septiembre 1966, pp. 899 y 919.

¹⁹. Sobre la historia social, E.J. Hobsbawm traza el *common working model* en el que vienen a inscribirse los diversos estudios durante esos años: “From social history to the history of society”, en Gilbert y Graubard, eds., *Historical studies today*, p. 12.

cual, por ejemplo, no llevó a arrinconar el estudio de la política y de las instituciones.²⁰

En conjunto, la repercusión de *Annales* en la práctica histórica británica se ha manifestado más en el conocimiento y apreciación de sus aportaciones que en un seguimiento de su estilo y método, los cuales, en realidad, no han encontrado mayor eco en las Islas. Y es sintomático que se haya afirmado que la revista apenas ha ejercido influencias palpables en *Past and Present*, su hermana al otro lado del Canal, precisamente en un balance reciente con ocasión de los treinta años de su fundación.²¹

En los Estados Unidos la situación hasta mediados de la década de 1960 parece haber estribado ante todo en la personalidad de Fernand Braudel. Ya Marc Bloch era tenido en alta estima y fue reconocido como uno de los grandes historiadores del primer tercio del siglo junto a Chabod y Meinecke, al tiempo que su método comparativo era objeto de estudio.²² Pero, a la postre, fue Braudel quien acabó despertando mayor expectación.

Cuando se publicó la primera edición francesa de *La Méditerranée* (1949), el gran historiador de la diplomacia Garret Mattingly le dedicó una reseña tibia, en la que exponía por igual la singularidad de nociones y planteamientos, ciertas reservas sobre la concepción de la obra y el gran acopio de información. Un año después, Melvin M. Knight publicó un comentario neutro o ligeramente favorable sobre la geohistoria de Braudel, al que siguió una reseña más crítica de un joven Bernard Baylin, quien concluía señalando que la obra fallaba en plantear apropiadamente un problema histórico, a diferencia, por

²⁰. BURKE, "Reflections on the historical revolution", p. 151.

²¹. James OBELKEVICH, "*Past and Present: marxisme et histoire en Grande Bretagne después la guerre*", *Le Débat*, 17 (diciembre 1981), p. 89.

²². Felix GILBERT, "European and American historiography", en Higham, Krieger y Gilbert, eds., *History*, pp. 359-381; William H. SEWELL, "Marc Bloch and the logic of comparative history", *History and Theory*, 6 (1967), pp. 208-218.

ejemplo, del estudio de Marc Bloch sobre la sociedad feudal, del que elogiaba planteamiento y resolución.²³

Durante esos años la penetración de *Annales* en medios norteamericanos fue más bien una labor sorda de historiadores individuales, con cierta conciencia de pioneros, y el conocimiento que había parece haber sido sobre algunos *annalistes* más que sobre el grupo en conjunto. La situación, sin embargo, cambió rápidamente en pocos años. La escuela se hizo cada vez más conocida. En el contexto de la expansión de la historia social registrada en todas partes durante las décadas de 1960 y 1970, destacados *annalistes* efectuaron visitas y estancias en universidades norteamericanas, que empezaron con un programa de intercambio entre la VIe Section y la Universidad de Princeton, establecido en 1968. Merece señalarse aquí la actividad del Shelby Cullom Davis Center for Historical Studies, vinculado al Departamento de Historia de dicha universidad, que desde su fundación en 1969 se ha erigido como uno de los motores de la *social history* y ha contado con la presencia de varios historiadores franceses.

Poco después, en 1972, se traducían por fin al inglés *La Méditerranée*, hito saludado por propios y extraños. El *Journal of Modern History* dedicó al acontecimiento un número especial, que contó con una presentación del propio Braudel, un elogioso artículo de H.R. Trevor Roper y una inteligente crítica de J.H. Hexter, que se hizo célebre.²⁴ Un año después apareció también la traducción inglesa del primer volumen de *Civilisation matérielle et capitalisme*. Ambas traducciones fueron objeto de comentario por varios de los grandes historiadores

²³. Garret MATTINGLY, *American Historical Review*, 55 (1949-1950), pp. 349-351; Melvin M. KNIGHT, "The geohistory of Fernand Braudel", *Journal of Economic History*, 10 (1950), pp. 212-216; Bernard BAYLIN, "Braudel's geohistory - a reconsideration", *Journal of Economic History*, 11 (1951), pp. 277-282.

²⁴. "History with French accent", *Journal of Modern History*, 44, n° 4 (1972): artículos de Fernand BRAUDEL, "Personal testimony"; H.R. TREVOR-ROPER, "Fernand Braudel, the *Annales* and the Mediterranean"; J.H. HEXTER, "Fernand Braudel and the *Monde Braudellien...*", trabajo este último reimpresso en su *On historians*, Cambridge, Mass., 1978.

ingleses (J.H. Elliott, H.G. Koenigsberger, J.H. Plumb, Keith Thomas, H.R. Trevor-Roper), curiosamente publicados casi todos ellos en revistas estadounidenses.²⁵ A ello han seguido traducciones de obras de destacados miembros de la escuela,²⁶ así como varias antologías de ar-

²⁵. Fernand BRAUDEL, *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*, Londres y Nueva York, 1972; *Capitalism and material life, 1400-1800*, Londres y Nueva York, 1973. Reseñas sobre uno u otro por J.H. ELLIOTT, "Mediterranean mysteries", *New York Review of Books*, 3 mayo 1973, pp. 25-28; H.G. KOENIGSBERGER, "Fernand Braudel and the Mediterranean", *The Listener*, 3 enero 1974, pp. 10-12; J.H. PLUMB, "History as geography, economics, folklore –as everything that touches the lives of men", *The New York Times Book Review*, 31 diciembre 1972, pp. 8, 14; Keith THOMAS, "Historian of everything", *The New York Review of Books*, 13 diciembre 1973, pp. 3-4; H.R. TREVOR-ROPER, "Capitalism and material life", *The New York Times Book Review*, 10 noviembre 1974, pp. 31-32.

²⁶. Aparte de diversos artículos, los libros traducidos hasta la fecha son los siguientes, salvo posibles omisiones. Marc BLOCH: *The historian's craft*, introducción de Joseph R. Strayer, Nueva York, 1953; *Feudal society*, prólogo de M.M. Postan, Londres, 1961; y Chicago, 1963; *Land and work in medieval Europe. Selected papers*, Londres, 1967; *French rural history. An essay on its basic characteristics*, Berkeley, 1966; *The Ile-de-France, the country around Paris*, Ithaca, 1971; *The royal touch. Sacred monarchy and scrofula in England and France*, Londres, 1973; *Slavery and serfdom in the Middle Ages. Selected essays*, Berkeley, 1975.

Fernand BRAUDEL: además de *The Mediterranean y Capitalism and material life*, ya citados, *On history*, Chicago, 1980.

Pierre CHAUNU: *The Europaen expansion in the latter Middle Ages*, Amsterdam, 1979.

Georges DUBY: *Foundations of a new Humanism, 1280-1440*, Ginebra, 1966; *The Europe of the cathedrals, 1140-1280*, Ginebra, 1966; *The making of the Christian West, 980-1140*, Ginebra, 1967; *Rural economy and country life in the medieval West*, Londres, 1968; *The early growth of the European economy. Warriors and peasants from the 7th to the 12th century*, Londres e Ithaca, 1974; *The chivalrous society*, Londres-Berkeley, 1977; *Medieval marriage. Two models from 12th-century France*, Baltimore, 1978; *The three orders. Feudal society imagined*, prólogo de Th.N. Bisson, Chicago, 1981; *The age of cathedrals. Art and society, 980-1420*, Chicago, 1981. Y juntamente con Robert MANDROU, *A history of French civilization*, Nueva York, 1964.

Lucien FEBVRE, *A geographical introduction to history*, Nueva York, 1925; *A new kind of history. From the writings of Lucien Febvre*, ed. Peter Burke, Londres, 1973; *Life in Renaissance France*, Cambridge, Mass., 1977. Y juntamente con Henri-Jean MARTIN, *The coming of the book. The impact of printing, 1450-1800*, Londres, 1976.

François FURET: *Interpreting the French Revolution*, Cambridge, 1981. Y junto con Denis RICHEL, *French Revolution*, Nueva York, 1970.

títulos publicados en páginas de la revista, antologías cuyos temas reflejan la evolución de los intereses en el mundo académico anglosajón.²⁷ Por último, en 1977 se inauguró en Binghamton, Nueva York, el Fernad Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems and Civilizations, bajo la batuta de Immanuel Wallerstein, que desde entonces viene publicando su ya mencionada *Review*.

Todo ellos ha significado una decidida introducción de la escuela de los *Annales* en el mundo anglosajón, más sosegada en la Gran Bretaña, más intensa en los Estados Unidos. En este último país su repercusión ha sido claramente más perceptible, incluso en puestos académicos. Aún así, esa repercusión ha tenido a veces carácter retrospectivo, al calor de la popularización de la escuela.

Al evaluar la recepción hay que tener presentes dos puntos. En primer lugar, la figura de Fernad Braudel ha sido clave, debido al impacto tanto de sus libros como de las reseñas que han recibido. Y en

Jean-Louis FLANDRIN: *Families in former times. Kinship, household and sexuality*, Cambridge, 1979.

Pierre GOUBERT: *Louis XIV and twenty million Frenchmen*, Nueva York, 1970.

Jacques LE GOFF: *Time, work and culture in the Middle Ages*, Chicago, 1980.

Emmanuel LE ROY LADURIE: *Times of feast, times of famine. A history of climate since the year 1000*, Nueva York, 1971; *The peasants of Languedoc*, Urbana, Ill., 1974; *Montaillou. The promised land of error*, Nueva York, 1978; *Carnivals in Romans*, Nueva York, 1979; *The territory of the historian*, Hassocks, Sussex, 1979.

Robert MANDROU: *Introduction to modern France, 1500-1640. An essay in historical psychology*, Nueva York, 1976; *From Humanism to science, 1480-1700*, Harmondsworth-Nueva York, 1978.

²⁷. Peter BURKE, ed., *Economy and society in early modern Europe. Essays from "Annales"*, Londres, 1972. La Universidad de Johns Hopkins viene publicando desde 1975 una colección anual de artículos aparecidos en la revista sobre determinados temas. Todos estos volúmenes han sido editados por Robert FORSTER y Orest RANUM: *Biology of man in history*; *Family and society*; *Rural society in France*; *Deviants and the abandoned in French society*; *Food and drink in history*; *Medicine and society in France*; y *Ritual, religion and the sacred*, Baltimore-Londres, 1975-1981. Cumples decir que los editores hubieran podido efectuar en sus introducciones respectivas un balance menos descriptivo y más crítico de la aproximación de *Annales* a los temas tratados.

segundo lugar, la acogida dispensada llega en un momento en que los *Annales* daban ya síntomas de perder su empuje creador. A este respecto resultó realmente premonitorio el comentario del *Times Literary Supplement* de 1966, ya citado, acerca del volumen en el que la historiografía francesa intentaba formular los principios sobre los que había fundado su propia labor desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. La aparición de ese volumen, decía el *TLS*,

no puede ser tomada como una señal del triunfo de esta escuela de pensamiento. Es más probable que denote su culminación y su desaparición, al igual que la formulación de la perspectiva positivista por Langlois y Seignobos a finales del siglo XIX anunció la decadencia de sus puntos de vista. Los períodos más creativos de investigación suelen venir antes de ese tipo de formulaciones, no después.²⁸

Por otra parte, esta pérdida de vigor coincide con la definitiva entronización académica de la escuela, circunstancia que también influye en la respuesta que se le ha dado. Tal como dice Stephen Graubard en su prefacio a *Historical studies today* (excelente estado de la cuestión colectivo, que ha sido señalado como muestra de la influencia de los *Annales* en medios norteamericanos), en tanto esta escuela estaba excluida del *establishment* académico, copado por autores pertenecientes a otras corrientes, e intentaba hacerse un sitio en él, no había mayor incentivo a atacar sus premisas o métodos; pero ahora (1971-1972) que ocupa muchas cátedras y es tan ostensiblemente influyente, sí hay particulares razones para formular preguntas sobre sus orientaciones.²⁹

En conjunto, puede decirse, como hace H.G. Koenigsberger, que, desde su mismo inicio, la revista y sus editores han sido por lo común

²⁸. "The French way of research", p. 811.

²⁹. GRAUBARD, "Preface", en Gilbert y Graubard, eds., *Historical studies today*, p. viii, El comentario sobre ese volumen como reflejo de la influencia de *Annales* es de HEXTER, "Fernando Braudel the *Monde Braudellien*", pp. 494-495.

admirados y, a la vez, controvertidos.³⁰ No se han escatimado elogios para *Annales* en reseñas y estudios más amplios sobre la evolución historiográfica reciente. Decir que ha sido la escuela más vigorosa y con más acusada personalidad en las últimas décadas, que su influencia se ha hecho sentir por todas partes, que Braudel es el más grande historiador vivo y el más admirado, o incluso que es sobrado merecedor de un hipotético Premio Nobel de Historia, todo esto es moneda corriente. Sin embargo, nunca han dejado de señalarse importantes deficiencias y discrepancias en la obra de Braudel y de sus seguidores.

3. *Sobre Braudel y el modelo Annales.*

La personalidad de Fernand Braudel ha sido decisiva en modelar el impacto de los *Annales*. En *La Méditerranée* se ha visto una obra particularmente significativa. Para J. H. Elliott el libro ilustra mejor que ningún otro la renovación experimentada en la investigación histórica al entrar en contacto con otras disciplinas, hecho que queda reflejado en la progresión cronológica y temática de la elaboración del mismo: ninguna otra obra muestra mejor los problemas de comprensión e interpretación centrales durante esos años.³¹ Quizá este carácter arquetípico es lo que ha hecho de él, según Lawrence Stone, uno de los libros más influyentes desde 1945.³²

Las críticas que se le han dirigido han solido coincidir en varios puntos que posteriormente se han hecho característicos de buena parte de la producción de los miembros de la escuela: división del proceso histórico en tres niveles, desdén por la historia política, concentración en el estudio del intercambio y olvido de la producción, limitaciones

³⁰. KOENIGSBERGER, "Fernand Braudel and the Mediterranean", p. 10.

³¹. ELLIOTT, "Mediterranean mysteries", p. 27.

³². STONE, "History and the social sciences", p. 19.

tanto en la construcción de la historia total pretendida como en el modelo elaborado, cierta debilidad de la teoría económica aplicada, alcance de la cuantificación, determinismo ecológico, efectos de la *longue durée*.³³

La división del proceso histórico en tres niveles ha solido despertar importantes reservas, en tanto que la manera en que quedan relacionados entre sí y la significación atribuida a las fuerzas históricas que operan en cada uno de ellos ha levantado críticas abiertas. Ya en 1949 Garret Mattingly señaló, además de varios errores concretos, que la parte dedicada a los hechos políticos tenía poco que ver con todo lo precedente y dejaba un interrogante abierto sobre el acierto de tal sistema: “Quizá esto no se debe a un defecto radical de método, sino en parte, por lo menos, a que un tema ha recibido menos que su valor intrínseco”. El beneficio de la duda no le fue concedido en críticas posteriores. Bernard Baylin destaca la falta de relación entre los tres niveles en que se divide la obra y observa que tal esquematización bloquea una comprensión de la totalidad orgánica de la vida mediterránea y hace imposible el estudio de su movimiento. Tan es así, prosigue, que las páginas que sí resultan iluminadoras sobre el tema de que tratan no lo logran gracias a esas líneas de separación, sino a pesar de las mismas: “Las partes de su “mundo” están todas ellas allí, pero yacen inertes, sin relacionarse, sueltas”. También J. H. Elliott observa esta falta de relación entre distintas esferas y discrepa sobre el gran papel atribuido a las fuerzas de la naturaleza, a las que, según observa, se las personaliza a menudo, de lo que resulta un determinismo estructural y la consiguiente ausencia de dimensión histórica: “Las montañas de Braudel mueven a sus hombres, pero sus hombres nunca mueven montañas”.³⁴

³³. Para una exposición de conjunto sobre estos rasgos, véase IGGERS, “The *Annales* tradition”, pp. 68-73.

³⁴. MATTINGLY, reseña, p. 350; BAYLIN, “Braudel’s geohistory”, pp. 279, 281-282; ELLIOTT, “Mediterranean mysteries”, p. 27.

J.H. Hexter, que caracteriza el estilo braudeliano como rabelaisiano y gargantuesco, analiza el sistema de coyunturas y duraciones correspondientes a cada nivel y constata la falta de consistencia de la relación resultante. Encuentra razones sólo arbitrarias para elaborar toda la obra alrededor de tal división tripartita, visión que, además, no logra unidad interna. En su opinión, la parte de narrativa *événementielle* está añadida al final del libro de una manera que le induce a concluir que no es tanto que el problema de relacionar un nivel con otro no haya logrado solventarse, sino que parece que ni siquiera se intentó. El libro, pues, no resuelve el problema historiográfico que plantea, es decir, el tratamiento de fenómenos duraderos en su relación con los cambios. Cree Hexter que esto se debe a que se optó por una *histoire totale*, en lugar de una *histoire problème*, enfoques que, de hecho, resultan mutuamente excluyentes. Por lo demás, considera que la totalidad buscada nunca queda definida y que, en cualquier caso, tampoco es alcanzada.³⁵ Por su parte Felix Gilbert abunda en la falta de relación entre los fenómenos de larga duración y los hechos en la época de Felipe II.³⁶

Algo distinta es la opinión de H.G. Koenigsberger, quien señala positivamente que el apartado final dedicado a la historia política resulta penetrante gracias al ir precedido de los anteriores. Con todo, nada dice de que se hayan logrado resultados bien integrados, mientras que apunta los límites incluso teóricos y ciertamente prácticos de una historia total según la pretende Braudel.³⁷

A pesar de las críticas, *The Mediterranean* ha sido saludado ampliamente como una aportación capital y como un clásico. En cambio, el primer tomo de *Capitalism and material life* recibió una acogida más

³⁵. HEXTER, "Fernand Braudel and the *Monde Braudellien*", pp. 510-512, 530-535. Hexter señal también una serie de errores factuales concretos y cierta ocasional ligereza de Braudel al evaluar el peso de la información que maneja.

³⁶. Felix GILBERT, "Intellectual history. Its claims and method", en Gilbert y Graubard, eds., *Historical studies today*, p. 158, n.21.

³⁷. KOENIGSBERGER, "Fernand Braudel and the Mediterranean", pp. 11-12.

fría. Si bien Victor Kiernan parece aceptar la tesis de una permanencia material básica,³⁸ más sustantivas fueron las objeciones de que fue objeto. Keith Thomas habla de las limitaciones del libro, algunas de ellas de tal naturaleza que, en su opinión, arrojan dudas retrospectivas sobre algunos de los supuestos fundamentales del método histórico del autor. Tras señalar excesos de retórica, comparación, improvisación y especulación, Thomas apunta dos deficiencias centrales: en primer lugar, no responde al por qué del progreso en Occidente, no ofrece una teoría general del crecimiento económico y tampoco identifica los motores del cambio; y en segundo lugar, la vida material queda desgajada del mundo mental. Con todo, deja abierta la esperanza de que las carencias de ese volumen sean subsnadas en el segundo que se anunciaba.³⁹

Pero no ha sido así. Al reelaborarse la obra en tres tomos, publicados en francés en 1979 y hasta ahora no traducidos al inglés, las reseñas no han sido mucho mejores. Charles Tilly resalta que, a pesar del gran acopio de información, no se ofrece solución al problema esencial y que la visión presentada no queda clara. Samuel Kinser observa la falta de rigor en su teoría económica y en varios de los conceptos utilizados, el escaso desarrollo de muchas de las cuestiones planteadas y la irresolución del tema central de la génesis capitalista en Europa. Y Peter Burke, en su contribución a un volumen altamente laudatorio dedicado a la aparición de la obra, se centra en el deseo de la misma –deseo, que no novedad– de incorporar la vida cotidiana como tema de estudio y menciona temas y trabajos de arqueología y etnografía histórica que no han recibido atención. Admite, no obstante, que el autor debía acabar en algún momento su exposición de temas y he-

³⁸. Victor KIERNAN, “Reflections on Braudel”, reseña, *Social History*, 2 (1977), pp. 521-526.

³⁹. THOMAS, “Historian of everything”, pp. 3-4.

chos, observación que constituye, en realidad, una crítica al carácter inconexo o inacabado del libro.⁴⁰

Este último comentario de Peter Burke pone gráficamente de manifiesto la dificultad de alcanzar una “historia total” –o “global”, como posteriormente ha preferido Braudel–, máxime cuando nunca queda expuesto con claridad suficiente lo que se entiende por ello. A esta cuestión se refieren J.H. Hexter al preguntarse si la mejor traducción de *histoire totale* no sería acaso “historia sin fin” o “historia interminable” (*endless history, interminable history*), y J.H. Elliott cuando comenta que la historia total se parece a la guerra total en cuanto que se echa en ella todo lo que se tiene.⁴¹

Los escritos teóricos o metodológicos de Braudel no parecen suplir las deficiencias señaladas en sus trabajos de carácter práctico. En su reseña de *Écrits sur l'histoire*, J.H.M. Salmon opina que los intentos de establecer una relación dialéctica entre las tres diferentes unidades de tiempo se limitan en realidad a mucha teorización vaga sobre el esquema subyacente en *La Méditerranée*.⁴² En cuanto a *Civilisation matérielle*, una exposición de conjunto de sus presupuestos se encuentra en el texto de las conferencias pronunciadas por Braudel en la Johns Hopkins University en 1976 y publicadas bajo el título *Afterthoughts on material life and capitalism*. Sigue encontrándose a faltar en ellas el rigor y sistematización anhelados. Así, Frederic C. Lane y Jan de Vries coinciden en observar que el libro se inclina más por las metáforas que por las definiciones; que establece una distinción débil,

⁴⁰. Charles TILLY, reseña de F. Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, Xve-XVIIIe siècle*, 3 vols., París, 1979, *American Historical Review*, 86 (1981), pp. 368-369; Samuel KINSER, “Capitalism enshrined: Braudel’s triptych of modern economic history”, reseña del mismo libro, *Journal of Modern History*, 53 (1981), pp. 676-679; Peter BURKE, “‘Material civilization’ in the work of Fernand Braudel”, *Itinerario* (Leyden), 5 (1981), pp. 37-43.

⁴¹. HEXTER, “Fernand Braudel and the *Monde Braudellien*”, p. 511; ELLIOTT, “Mediterranean mysteries”, p. 26.

⁴². J.H.M. SALMON, reseña de Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire*, París, 1969, *History and Theory*, 10 (1971), pp. 347-355.

cuando no difícil, entre economía de mercado y capitalismo; y que ofrece una explicación claramente insuficiente de los motores económicos y del crecimiento capitalista en su esquema tripartito.⁴³

En este sentido, la opinión común es que la obra de Braudel adolece en su último gran libro de una falta de sistematización más aguda que la que fuera apuntada en su estudio sobre la vida mediterránea. ¿Puede hablarse, pues, de modelo explícito o implícito en la producción de Braudel? Esto es lo que se han preguntado distintos historiadores, atendiendo tanto a la obra del propio Braudel como a su repercusión en la escuela de *Annales*. Es difícil negar que la visión del proceso histórico o, por lo menos, de la exposición del mismo, en tres niveles superpuestos ha adquirido un carácter muy idiosincrático y que ha influido en buena parte de la producción de sus seguidores. Sin embargo, hablar de modelo es otra cosa.

A este respecto, Douglas C. North, desde su óptica de la *new economic history*, no considera *La Méditerranée* como un modelo sobre el que se pueda edificar una escuela, sino como una obra de arte que, cuando es sometida al análisis crítico del cliométrico, no resulta ser sino una multitud de pinceladas en un lienzo.⁴⁴ Por su parte, J.H. Hexter reconoce que el libro, en los muchos temas que aborda, contiene un programa de trabajo implícito que seguidamente ha sido desarrollado por miembros de su escuela. Sin embargo, continúa Hexter, ninguna de las grandes monografías posteriores (Deyon, Goubert, Le Roy Ladurie, Meyer, Baehrel, Chaunu) ha mantenido la pauta braudeliiana completa y todas ellas utilizan los términos “estructura” y “coyuntura” no como unidades primarias organizativas, sino tan sólo como conceptos útiles para la exposición.⁴⁵ Y Samuel Kinser analiza

⁴³. Frederic C. LANE, “The modern world as trichotomy”, *Review*, 2 (1979), pp. 455-459; Jan DE VRIES, “Spotlight on capitalism”, *Comparative Studies in Society and History*, 21 (1979), pp. 139-143. Ambos ensayos son reseñas de Fernand Braudel, *Afterthoughts on material life and capitalism*, Baltimore-Londres, 1977.

⁴⁴. Douglas C. NORTH, “Discussion”, *Journal of Economic History*, 38 (1978), p. 80.

⁴⁵. HEXTER, “Braudel and the *Monde Braudellien*”, pp. 528-529, 531-533.

comparativamente la primera y la segunda edición del libro y busca en qué medida constituye una obra paradigmática para sus seguidores. Lo hace prestando especial atención a la presencia del estructuralismo en una y otra edición. El carácter dominante de la primera edición es, según este autor, la geohistoria, en tanto que en la segunda lo es la historia estructural. El estructuralismo que se desarrolla en ella, sin embargo, es poco sistemático y de limitado rigor abstracto; es, en definitiva, poco estructural. Semejante uso flexible del concepto permite a Braudel una ambigüedad y un sincretismo que le son muy útiles a la hora de dar acogida en sus páginas a la corriente cultural imperante durante los años en que preparó la segunda edición, pero no comporta una aceptación total del método. Consecuencia de este planteamiento, sigue Kinser, es un oscurecimiento de las categorías generales de explicación histórica, el cual agrava, en la segunda edición, la inconexión entre los tres niveles, y no se resuelve con la fuerza causal atribuida ahora a las coyunturas. El coyunturalismo es rasgo distintivo de la segunda edición y constituye el concepto organizador en *Civilisation matérielle*. Sin embargo, esto no implica la incorporación de ningún elemento teórico nuevo, de modo que la coherencia conceptual queda desplazada por una coherencia meramente representativa. Por consiguiente, Kinser pone de relieve que en este último libro Braudel busca más compilar todo tipo de información que llevar a cabo una investigación selectiva, algo que le lleva a recurrir a la ilustración en lugar del análisis, a exhibir más que a interpretar de modo crítico. Todo ello le permite concluir que *La Méditerranée*, pese a ser más consistente que *Civilisation matérielle*, no constituye propiamente un paradigma ni una obra ejemplar y, así, no ha sido imitada por nadie, pues más que un método, lo que en realidad ofrece es una imagen de los *Annales*.⁴⁶

⁴⁶. Samuel KINSER, "Annalist paradigm? The geohistorical structuralism of Fernand Braudel", *American Historical Review*, 66 (1981), pp. 73-94, 104-105; "Capitalism enshrined", pp. 676-677.

A pesar de su detenida disección de la obra de Braudel, Samuel Kinser no acaba de dejar claro lo que entiende por “modelo *Annales*” ni tampoco en qué medida Braudel ha contribuido a su configuración. Y nada aporta Traian Stoianovich, rendido admirador de Braudel y de la VIe Séction. Historiador de los Balcanes, Stoianovich toma en consideración de manera totalmente acrítica la obra de Braudel y la de gran número de *annalistes*, en el contexto de las diversas corrientes culturales vigentes en Francia a lo largo de las últimas décadas, y traza la formación de lo que él denomina “paradigma *Annales*”, cuya cristalización sitúa en los años 1968-1972. No obstante, y pese a sus esfuerzos, el contenido de ese paradigma apenas queda explicado y, en su facundia verbal, resulta difícil de aprehender.⁴⁷ En fin, Bernard Baylin le ha dedicado una crítica vigorosa y, adicionalmente, comenta que el supuesto método de *Annales* no es sino un conjunto de enfoques imaginativos aplicados a los datos históricos.⁴⁸

⁴⁷. Traian STOIANOVICH, *French historical method. The “Annales” paradigm*, Ithaca, 1976. La presentación del paradigma resulta obstrusa y su definición quiere incorporar no sólo los elementos desarrollados por la escuela sino también aquéllos por cuyo olvido ha sido censurada, todo en sucesión confusa e incluso carente de sentido. En un pasaje, por ejemplo, afirma que se trata de lo siguiente:

“Una historia de muchas dimensiones temporales, una historia serial, una historia de signos de acontecimientos (*evenmental signs*) y de otras cosas y funciones, una historia de gentes así como de signos y cosas ... (El paradigma) constituye una investigación sobre la manera como funciona uno de los sistemas de una sociedad o sobre cómo funciona una colectividad entera en términos de sus múltiples dimensiones temporales, espaciales, humanas, sociales, económicas, culturales y de acontecimientos ... El paradigma *Annales* exige una investigación general sobre las varias funciones comunicativas, incluyendo las funciones de comunicación escondidas o simbólicas” (pp. 235-237).

Otros dos trabajos del autor mantienen la misma tónica de titirambo y vaciedad: “Social history: perspective of the *Annales* paradigm”, *Review*, 1 (1977-1978), pp. 19-48; y “Theoretical implications of Braudel’s *Civilisation matérielle*”, *Journal of Modern History*, 41 (1969), pp. 68-80.

⁴⁸. Bernard BAYLIN, reseña del libro citado en la nota anterior, *Journal of Economic History*, 37 (1977), p. 1033.

Constituya o no Fernand Braudel un modelo y los *Annales* un paradigma, no hay duda de que su voluminosa producción se ha incorporado plenamente al horizonte historiográfico anglosajón. Acogida y crítica han ido de la mano y así se pone también de manifiesto en los campos de investigación en los que su presencia es más perceptible.

4. Repercusión en el estudio de la vida material.

Los estudios demográficos y locales en que la escuela francesa –no limitada a los *Annales*– ha alcanzado tan notable desarrollo, han ejercido cierta influencia en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos, tanto en suscitar el tema de investigación como en el modo de emprenderla.

Donde las similitudes son más acusadas es en el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure, que desde su fundación en 1964 ha mantenido numerosos contactos con los *Annales* y con el Institut d'Études Démographiques. Como es sabido, el propósito del Grupo es explorar estadísticamente la gran cantidad de registros parroquiales anglicanos y listas de hogares, muy aptos para el estudio de historia demográfica y de las estructuras sociales en las Islas desde el siglo XVI al XIX.

El primer resultado de la labor del Grupo fue el libro de su fundador, Peter Laslett, *The world we have lost* (Londres, 1965), publicado en unos años en los que Emmanuel Le Roy Ladurie exponía al público inglés las excelencias y casi inagotables posibilidades del estudio de la demografía histórica.⁴⁹ Christopher Hill y Keith Thomas celebraron la aparición del libro y la labor del Grupo, al tiempo que expresaban su esperanza de que con ello la

⁴⁹. Emmanuel LE ROY LADURIE, “From Waterloo to Colyton”, *Times Literary Supplement*, 8 septiembre 1966, pp. 791-792; reimpresso en francés en su *Le territoire de l'historien*, París, 1973, pp. 301-311.

historiografía inglesa recuperara terreno ante el estadio mucho más avanzado en que este tipo de estudios se hallaba en Francia.⁵⁰ No obstante, el método estrechamente estadístico y cuantificativo seguido, la ocasional falta de resultados apreciables tras gran cantidad de operaciones, las frenéticas pretensiones de novedad y totalidad y el sentimiento de acoso y aislamiento entre sus miembros en su afán por demoler varias ideas bien establecidas sobre el régimen demográfico, todo ello ha provocado críticas sobre el modo de proceder del grupo, aireadas con ocasión de la publicación de algunos de sus volúmenes.⁵¹

Hay que añadir igualmente que, junto a estas críticas, no han faltado elogios a ambos lados del Atlántico sobre algunos títulos.⁵² En cualquier caso, estudios de este tipo de “reconstrucción total” de comunidades resultan algo más extraños a la historiografía establecida, espe-

⁵⁰. Christopher HILL, reseña, *History and Theory*, 6 (1967), pp. 117-127, en la que no deja de señalar numerosos errores y deficiencias, algunos de ellos de consideración; Keith THOMAS, “The tools and the job”, *Times Literary Supplement*, 7 abril 1966, p. 276.

⁵¹. “Under the same roof tree”, reseña, cuyo autor no consta, de P. Laslett, ed., *Household and family in past times*, Cambridge, 1972, *Times Literary Supplement*, 4 mayo 1973, pp. 485-487, donde se afirma que los trabajos de Le Roy Ladurie y los artículos del volumen especial dedicado por *Annales* a la familia (octubre de 1972) son más serios y completos; William H. Sewell, reseña de E.A. Wrigley, ed., *Nineteenth-century society. Essays in the use of quantitative methods for the study of social data*, Cambridge, 1972, *Journal of Modern History*, 46 (1974), pp. 530-532.

⁵². Edward Shorter, que comparte buena parte de las inquietudes cuantitativas del grupo, aún sin pertenecer a él, presenta un comentario favorable sobre el mismo con motivo de la aparición del libro de P. Laslett, K. Oosterveen y R.M. Smith, eds., *Bastardy and its comparative history. Studies in the history of illegitimacy and marital nonconformism in Britain, France, Sweden, North America, Jamaica and Japan*, Cambridge, Mass., 1980, en *Journal of Modern History*, 53 (1981), pp. 713-714; R. Burr Litchfield hace también un comentario favorable a este volumen, *Journal of Interdisciplinary History*, 12 (1981), pp. 349-351; L.A. Clarkson elogia método —aún con algunas reservas— y resultado de E.A. Wrigley y R.S. Schofield, *The population history of England, 1541-1871. A reconstruction*, Londres, 1981, *Times Higher Education Supplement*, 5 febrero 1982.

cialmente la inglesa, por su alcance y por comportar trabajo en equipos bien cohesionados.⁵³

Menos palpable, por el contrario, ha sido la influencia de *Annales* en los estudios de historia local inglesa. En este terreno la llamada escuela de Leicester (H.R.P. Finberg, W.G. Hoskins, Joan Thirsk, A.M. Everitt), si bien centrada asimismo en los siglos XVI-XVIII, está más interesada por la topografía y por los casos bien delimitados, al tiempo que desecha el esquema estructura-coyuntura y las pretensiones de totalidad. Por otra parte, se ha censurado a alguna de las grandes monografías *annalistes* sobre historia local el olvido en que cae el estudio de la política, en este caso la municipal.⁵⁴ Por lo que atañe a los Estados Unidos, una influencia conjunta de *Annales* y del Cambridge Group se ha hecho sentir en la escuela de historia local de Nueva Inglaterra formada durante la década de 1960 alrededor de Bernard Baylin, en Harvard, donde historiadores como John Demos, Philip Greven, Keneth Lockridge, Chilton Powell y Michael Zuckerman han centrado sus estudios en el período colonial y en microcosmos locales. En el estudio de historia local y familiar estadounidense también se aprecian, últimamente, influencias procedentes de las *behavioral sciences*.⁵⁵

Otro exponente, más bien singular, de la repercusión de *Annales* o, más concretamente, de Braudel, en el estudio del mundo material lo constituye la obra de Immanuel Wallerstein, autor influido asimismo por el marxismo, y su creación del Fernand Braudel

⁵³. Así lo expresa Andrew B. APPLEBY en su reseña de Alan Macfarlane, *Reconstructing historical communities*, Londres-Nueva York, 1980, *Journal of Modern History*, 53 (1981), pp. 324-326.

⁵⁴. "Parasitical city of the Golden Age", p. 828.

⁵⁵. Para un repaso a la historiografía local inglesa y estadounidense, véase Lawrence STONE, "English and U.S. local history", en Gilbert y Graubard, eds., *Historical studies today*, pp. 315-319; y Kathleen N. CONZEN, "Community studies, urban history and American local history", en Kammen, ed., *The past before us*, pp. 270-291. Véanse también los comentarios de Peter CLARK en su introducción al libro compilado por él, *The early modern town*, Londres, 1976, especialmente pp. 9, 10, 14.

Center for the Study of Economis, Historical Systems and Civilizations, ya mencionado. Su concepto de *world system* tiene resonancias braudelianas y el propio Braudel hace explícitamente suyo este enfoque, así como el de las relaciones entre centro, semiperiferia y periferia, en sus *Afterthoughts*, también citados (pp. 80-85). Por otra parte, comentarios realizados a propósito de la obra de Wallerstein recuerdan a otros formulados acerca de la de Braudel. Así, Keith Thomas abriga ciertas dudas sobre una explicación general basada en ese planteamiento, el cual –advierte–, y según sucede con todas las grandes visiones, no permite una verificación empírica fácil. En términos parecidos se expresa Charles Wilson. Por su parte, Frederic C. Lane señala deficiencias en el estudio de la producción y en el concepto de plusvalía, si bien considera correcta la descripción de las formas estatales. Y Rondo Cameron advierte que conceptos como capitalismo y mercantilismo no quedan bien definidos en su obra y registra bastantes errores concretos en medio de grandes marcos explicativos, al tiempo que señala el peculiar marxismo de que hace gala el autor.⁵⁶ Por último, los temas desarrollados en la *Review* del Centro responden a inquietudes de carácter diverso, braudelianas y ante todo marxistas: escalas geográficas en una economía mundo, sociedades asiáticas, estrategias de desarrollo, acumulación y división internacional del trabajo, periodos de periferización, ritmos cíclicos y tendencias, transiciones, y otros.

⁵⁶. Keith THOMAS, “Jumbo history”, reseña de Immanuel Wallerstein, *The modern world system*, vol. I, Nueva York, 1974, y de otros libros, *New York Review of Books*, 17 abril 1975, p. 28; Charles WILSON, reseña de *The modern world system*, vol. II, Nueva York, 1980, *Journal of Modern History*, 53 (1981), pp. 517-520; Frederic C. LANE, “Economic growth in Wallerstein’s social systems”, *Comparative Studies in Society and History*, 18 (1976), pp. 517-532; Rondo CAMERON, reseña de ambos volúmenes de Wallerstein, *Journal of Interdisciplinary History*, 7 (1976), p. 142, e *ibid.*, 12 (1981), pp. 343-346, respectivamente.